

## Tacitismo e imperialismo en el Siglo de Oro: la *Vida de Agricola* en la *Conquista de las islas Malucas*, de Bartolomé Leonardo de Argensola

Juan Luis Conde<sup>1</sup>

Recibido: 26/5/2019 / Aceptado: 28/11/2019

**Resumen.** Este artículo pretende contribuir a la línea de investigación abierta en su día por la profesora Beatriz Antón sobre el tacitismo en la España del siglo XVII y prueba la actividad previa a la primera traducción de Emmanuel Sueyro de un círculo de iniciados tacitistas. Uno de ellos, Bartolomé Leonardo de Argensola, emplea la *Vida de Agricola*, de Tácito, como código interpretativo de su obra histórica *Conquista de las islas Malucas*, publicada en 1609. Esa clave de lectura equipara el sentido simbólico de la conquista española de las islas de las Especias en 1606 con la de Britania por el suegro de Tácito. Una pieza fundamental de esa relación intertextual es la introducción de sendos discursos tomados de la *Vida de Agricola* y puestos en boca de los resistentes moluqueños al imperialismo portugués. En general, Argensola muestra haber estudiado los discursos y extraído sus ideas principales para después adaptarlas a las circunstancias particulares de su narración. En algún caso su apego al original es tal que podemos hablar de verdadera traducción.

**Palabras clave:** Tacitismo; Bartolomé Leonardo de Argensola; arengas; retórica; imperialismo.

## Tacitism and Imperialism in the Golden Century: *The Life of Agricola* in the *Conquista de las islas Malucas*, by Bartolomé Leonardo de Argensola

**Abstract.** This paper is intended as a contribution to the research line inaugurated by Prof. Beatriz Antón about Tacitism in 17th-Century Spain, and it provides one more sample of the existence, prior to the first Spanish translation by Emmanuel Sueyro, of an active Tacitist circle. One of their members, Bartolomé Leonardo de Argensola, uses *The Life of Julius Agricola*, by Tacitus, as an interpretive code of his work *Conquista de las islas Malucas* (*Conquest of the Moluccan Islands*), published in 1609. This key to reading equates the symbolic value of the Spanish conquest of these islands in current Indonesia, in 1606, with that of Britain by Tacitus' own father-in-law. Major elements in the intertextual relationship are two speeches taken from *The Life of Julius Agricola* and attributed to the Moluccan rebels against Portuguese imperialism. As a general rule, Argensola has obviously studied the original speeches, drawn their main ideas out and fitted them into the particular fabric of his narrative. In some case, though, Argensola's text is so close to its source that we are allowed to consider it a proper translation.

**Keywords:** Tacitism; Bartolomé Leonardo de Argensola; Harangue; Rhetoric; Imperialism.

**Sumario.** 1. Tácito en Argensola. 2. La retórica de la resistencia. 3. A modo de conclusión: el *Agricola* y la elocuencia como código de lectura intertextual. Bibliografía.

**Cómo citar:** Conde, J. L. Tacitismo e imperialismo en el Siglo de Oro: la *Vida de Agricola* en la *Conquista de las islas Malucas*, de Bartolomé Leonardo de Argensola, en *Cuad. Filol. Clás. Estud. Lat.* 39 (2) (2019), 273-289.

<sup>1</sup> Universidad Complutense de Madrid. [job@ucm.es](mailto:job@ucm.es).

## 1. Tácito en Argensola

Cuando hablamos de tacitismo solemos pensar en trabajos filológicos como las ediciones, las traducciones o los comentarios de la obra de Cornelio Tácito, o bien, en el terreno del pensamiento político, el empleo de pasajes del historiador imperial por parte de la literatura aforística en libros de «emblemas», *loci communes*, florilegios, brevarios, etc. Pero habría que ampliar el campo de estudios para abarcar las adaptaciones parciales en otros géneros literarios. A ese fin, comentaré en este artículo la peculiar presencia de la *Vida de Agrícola* (la biografía que Tácito escribió en homenaje a su suegro, Julio Agrícola, el célebre conquistador de Britania) en la *Conquista de las islas Malucas*, obra histórica del clérigo y jurista aragonés Bartolomé Leonardo de Argensola, publicada en 1609. En aquel momento Felipe III regía «las Españas», en plural (*Dei gratia Hispaniarum Rex*, se leía en las numerosas monedas que ordenó acuñar), durante cuyo reinado el imperio español alcanzó la que sería su máxima expansión territorial. Dividida en diez secciones o «libros», la obra de Argensola se dirige expresamente al rey Felipe III y se abre con una Cédula firmada por el monarca. Hemos podido acceder a una edición moderna gracias a la que editó la casa madrileña Miraguano en 2009, con motivo del cuatrocientos aniversario de la primera aparición pública de la obra, prologada por la profesora Glòria Cano. A esa edición serán mis referencias.

Las que Argensola denomina islas «Malucas» o «el Maluco» se corresponden con el archipiélago hoy conocido como las Molucas (por nombre oficial *Maluku*: obviamente hemos re-aprendido a llamarlas por boca ajena, seguramente neerlandesa). Situadas al norte de la República de Indonesia, las dos islas más relevantes en su narración se llaman Tidore y Ternate. Sumada el área de las dos, no alcanza los doscientos kilómetros cuadrados. También identificadas en las fuentes de la época como islas de la «especería» o «especiería» o, sencillamente, «de las Especies», estas islas volcánicas son dos tortas de forma cónica, cubiertas de vegetación esmeralda y ancladas sobre el azul resplandeciente del Pacífico Sur. Valorado quizá más como poeta, la labor histórica de Argensola ha sido puesta en entredicho: «El argumento de que la obra es una leyenda fabulosa, sentimental y novelesca se ha mantenido hasta el presente», escribe la profesora Cano en su prólogo (2009, XXXIX). Y hay que admitir que el libro del autor aragonés es fantástico en muchos sentidos. Lo que se deleita relatando (unas 350 apretadas páginas en la edición de Miraguano) es la batalla a múltiples bandas que se desarrolla en ese idílico, remoto y pequeño escenario durante casi un siglo, concretamente desde 1511, cuando los portugueses llegan a las islas. Por una parte, las potencias europeas peleaban entre sí: los lusos, empeñados en sentar bases estables en la costa, los aventureros holandeses (que a la larga terminarían por llevarse el gato al agua), los corsarios ingleses que cruzaban dos océanos y los castellanos que zarpaban desde sus bases en las Filipinas –todos competían por controlar la gran riqueza de las islas: el clavo.

Trufada de aventuras capaces de hacer la delicia del amante del género, salpicada de escenas de enorme crueldad e intercalando historias novelescas de amor y de traición, Argensola reconstruye la epopeya de la guerra por el clavo, esa especia aromática que se usaba para tapar el olor a podrido, y que los europeos encarecían tanto. Enfrentados también entre sí, los indígenas (los «indios») de una y otra de las Islas de las Especies, recientemente islamizados, mantenían casi un siglo de resistencia contra un adversario común múltiple y violento, los colonizadores europeos, una hidra de cuya avidez no podían librarse ni siquiera pegándoles fuego a sus propias islas, tal y como llegaron a hacer los moluqueños en diversas ocasiones. La coronación de ese relato es la (a la postre) efímera

conquista castellana de Pedro Bravo de Acuña en 1606. A través del análisis de esta obra del también conocido como «rector de Villahermosa» pretendo contribuir modestamente a la investigación iniciada en su día por la profesora Beatriz Antón (1992, 13-14), quien ha demostrado que, en el apogeo del poder imperial y con anterioridad a la primera traducción completa de Emmanuel Sueyro, en 1613, la cultura española dedicaba, igual que la europea, su atención a la obra de Tácito –aunque esa atención se mantuviera en una embarazosa clandestinidad<sup>2</sup>.

Desde luego, no todo es nuevo en mi aportación. La conexión de los hermanos Leonardo de Argensola con Tácito a través de Justo Lipsio es bien conocida. Aragoneses de nacimiento, se contaban entre los más fieles adeptos del erudito flamenco. Tanto Lupericio, el mayor, como Bartolomé mantuvieron con él una intensa correspondencia<sup>3</sup> gracias a la cual sabemos que el propio Lupericio hizo una versión de los *Anales*, pero renunció a intentar publicarla. También su hermano Bartolomé tuvo que leerlo con atención, *directamente* sin duda, y no «indirectamente», como se ha llegado a afirmar sobre el conocimiento español de Tácito durante el periodo previo a 1613 (Schellhase 1976, 152)<sup>4</sup>. La influencia del historiador romano en esta obra en concreto, *Conquista de las islas Malucas*, no es un hecho desconocido a día de hoy: en el prólogo de la edición mencionada, la profesora Cano, atribuye al autor la introducción de «discursos imaginarios» en su composición, así como la «clara influencia de Tácito y Julio César» (Cano 2009, XL), aunque no se detiene a trazar una relación entre esos «discursos imaginarios» y pasajes concretos de la obra de Tácito. Pero a pesar de todas las expectativas, lo cierto es que las referencias *explícitas* de Argensola a Tácito en la *Conquista de las islas Malucas* son escasas. En esas menciones se le alude, muy de pasada, para atribuirle ocasionalmente una breve anécdota etnológica<sup>5</sup> o una precisión geográfica<sup>6</sup>. Hay abundantes rastros tacitianos, sin embargo, *que no se identifican* explícitamente. El último libro, el X, en que se concluye la conquista castellana dirigida por Pedro de Acuña, muestra claras evocaciones. Por ejemplo, las declaraciones programáticas de imparcialidad que hace el historiador latino en sus prólogos (ya sea el célebre *sine ira et studio* de *Anales* I,1 o *neque amore quisquam et sine odio dicendus est*, de *Historias* I,1) parecen claro modelo de la afirmación de Argensola en su papel de narrador de la historia: «el escritor ha de guardar neutralidad e indiferencia en el afecto», escribe (Cano 2009, 352).

Pero donde pueden escucharse con más frecuencia y de manera más innegable estos ecos es en los discursos de los personajes. En la alocución con que Pedro de Acuña impone vasallaje al sultán de Ternate encontramos una clara reminiscencia del discurso que Tá-

<sup>2</sup> Una reciente puesta al día sobre esta cuestión de la autocensura puede encontrarse en Moralejo 2015.

<sup>3</sup> Para una relación de los correspondientes, cf. Ramírez 1966.

<sup>4</sup> No nos consta expresamente si disponía de estas obras en propiedad, pero tenemos también noticia de que la biblioteca personal de su gran amigo Bartolomé Llorente, otro miembro del «círculo aragonés» de lipsianos, incluía las obras completas del historiador romano (Schwartz 2009, 49-50).

<sup>5</sup> Cano 2009, 140 (Libro IV): (A propósito del hecho de que los ternates bebieran en las calaveras de sus enemigos tídores) «De sus calaveras forman vasos en que beben, como los Scitas que, según Herodoto, tienen la misma costumbre, o como los Alemanes, según Tácito, de las testas de los uros que mataban (...)» Sin embargo, la referencia a Tácito en este caso es espuria.

<sup>6</sup> Cano 2009, 213 (Libro VII): (Sobre la geografía de Holanda) «Concuerdan, dice [Erasmo], los doctos, y no repugnan las conjeturas, en que la isla, desde el Rin hasta el Océano, de que habla Tácito, es la que llamamos Holanda (...)» En el margen se anota «Tácito, lib. 20». Con arreglo a la presentación continua de las «obras mayores» en los códices medievales, que identificaban como libro XVII el primero de las *Historias*, eso remite al libro IV,12 de la *Historias*, donde se inicia el relato de la rebelión de los bátavos acaudillada por Civil, en los actuales Países Bajos. También en el Libro II, p. 60, se menciona a «Cornelio Tácito» a propósito de la carta que le dirige Plinio el Joven sobre la tragedia de su tío durante la erupción del Vesubio.

cito atribuye a Galba con ocasión de la adopción de Pisón, en enero del año 69, recogido en *Historias* I,16. Allí escribe Tácito: *Imperaturus es hominibus qui nec totam seruitutem pati possunt nec totam libertatem* [«vas a gobernar sobre hombres que no pueden tolerar ni completa esclavitud ni completa libertad» (Conde 2006, p. 65)]. Por su parte, Pedro de Acuña afirma ante el rey moluqueño: «Bien sabemos que ni estas provincias pueden sufrir toda la servidumbre ni toda la libertad» (Cano 2009, 344). Hay, pues, numerosas reminiscencias de los *Anales* y de las *Historias* en la *Conquista de las islas Malucas*. Obviamente Argensola esta leyendo o ha leído también la *Vida de Agrícola*, porque es el texto tacitano del que hace un uso directo más profuso y con una fuerza, como trataré de argumentar, codificadora. Resultaría demasiado prolijo demostrar que el mando militar de Pedro de Acuña se dibuja con las características propias del general Agrícola en la versión de Tácito: firmeza, mansedumbre, prudencia, actitud vigilante, etc. —y además podría argüirse que son tópicos. Más fácil de probar resulta mi pequeño descubrimiento.

Conviene en este punto advertir que el llamado «rector de Villahermosa» escribe este libro de historia colonial precisamente a raíz de la victoria de Acuña y a instancias de su protector, el conde de Lemos. Presidente del Consejo de Indias, Lemos pretendía lustrar la conquista como un logro histórico para atribuírselo como «un éxito personal de su administración al frente del Consejo», según afirma la profesora Cano (2009, XVI). En cumplimiento de esa misión, Argensola, manifiestamente, intenta poner la conquista «cristiana» de las Molucas en relación con la romana de Britania, culminada por el general Agrícola en el año 84, durante el principado de Domiciano, en la versión que ofrece Tácito. A ojos del tacitista iniciado, la evocación intertextual elevaría inmediatamente la dignidad del material que el autor se ha propuesto narrar y permitiría codificar el valor simbólico de la victoria: el carácter remoto y confinado de la tierra conquistada. Britania era un *non plus ultra* para los romanos en época de los Flavios, que alardeaban de haber llegado con sus conquistas hasta Thule, el extremo norte de la Tierra. Argensola recrea ese espíritu en la dedicatoria inicial a Felipe III. Sus primeras palabras son: «Esta relación de los sucesos que Dios ha dado a Vuestra Majestad en sus Reinos, distantes cinco mil lenguas del centro de su Monarquía, dedico al Real nombre de V.M.» Y las últimas hacen asimismo referencia a la llegada del Evangelio a «provincias tan remotas». Las islas de las Especies distaban un año de viaje marítimo de la Península Ibérica, si todo iba bien en esa arriesgada singladura. Esa idea de alcanzar los límites del mundo con el imperio no se pierde nunca de vista. A lo largo de sus páginas, Argensola anima al rey español (¡a quien no sabemos cómo pudo sentarle su papel de Domiciano en el paralelismo!) a ir *plus ultra*, todavía más allá en nuevas empresas militares, proyectos tan increíbles como la conquista de China, y que permitirían que el adjetivo «católico» con que se adornaba el monarca significara verdaderamente «universal».

Apuntalando la correlación entre la *Vida de Agrícola* y la *Conquista de las islas Malucas*, en el Libro II de esta última obra se incluyen sendos discursos que son claras adaptaciones de los pronunciados por los rebeldes britanos en dos conocidos pasajes del *Agrícola*, clásicos de lo que podemos denominar «retórica de la resistencia»: uno sin atribución precisa en el contexto de la rebelión de Boudica (o Budica), en el sur de la isla (*Agr.* 15), y el otro la extensa arenga que Calgaco, el cabecilla de los caledonios, los escoceses de la época, dirige a sus huestes antes de la famosa batalla del Monte Graupio (*Agr.* 30-32). Hasta donde yo he podido averiguar, nadie había reparado en la elaboración a la que somete Argensola a ambos discursos para ponerlos en boca de los caciques moluqueños, que se conjuran contra el imperialismo portugués. Lo que puede explicar esa inadvertencia, y en lo que radica parte de su interés, es precisamente el hecho de que en estos dos casos, a mi entender los más extensos y representativos de la apropiación de

Tácito por parte de Argensola, el aragonés no menciona al romano e incluso pretende deliberadamente disimularlo. Quizá curándose en salud, al arranque del Libro III el propio Argensola lanza una advertencia:

No pocos casos pudiéramos referir en esta materia, contenidos en cartas y relaciones Portuguesas y Castellanas de Religiosos que las escribían desde las Malucas a los Gobernadores de Filipinas, cuyos papeles se me han comunicado en esta ocasión para instruirme, y así de alguno echaremos mano sin perder de vista al sujeto mayor. Historiadores graves, Griegos y Latinos, como episodios para que descance el lector, entremeten alguna vez los sucesos particulares. El ejemplo de los maestros licencia es para los que aprendemos, por lo cual no será injusto permitirme esta osadía. (Cano 2009, 91)

Al parecer, la osadía le permitirá jugar alegremente con todas esas fuentes (como veremos enseguida) sirviéndose con libertad de lo que los tribunales literarios de hoy día condenarían por plagio y llegando incluso a la impostura, al atribuir a una de ellas –las «relaciones» o crónicas de los jesuitas– lo que en realidad pertenece a la otra –la obra histórica de Cornelio Tácito–. Tal vez Bartolomé Leonardo de Argensola se sintió libre para rescribir e incluso «plagiar» a Tácito por el desconocimiento absoluto de sus textos fuera de un círculo de iniciados –y seguramente como guiño hacia sus miembros. Uno de estos iniciados era precisamente el propio rey Felipe III, destinatario expreso del libro, y de quien sabemos que «creció en un ambiente francamente lipsiano y tacitista», como informa Beatriz Antón (Antón 1993, p. 246).

Este «mensaje codificado» sobre el *Agrícola* en un contexto de apología del poder imperial no sorprende en absoluto. Por su temática, la *Vida de Agrícola* es un libro estrechamente vinculado con la noción de «imperio», aunque documente y delate una cierta contradicción de Tácito: su actitud comprensiva, incluso favorable, hacia el imperio como conquista, es decir, hacia el *imperialismo* romano y, al mismo tiempo, la censura implacable del imperio como *régimen* dinástico y despótico del que eran víctimas sus ciudadanos en la metrópoli. Por razones obvias, el librito ha recibido históricamente una gran atención en Gran Bretaña, donde se ha estudiado con relativo detalle el extenso uso que se hizo de él durante la era victoriana al servicio de la justificación del imperio británico y la concepción de sus objetivos<sup>7</sup>. Y no cabe duda de que, más de dos siglos antes, Argensola ha podido recurrir a esa considerada «obra menor» de Tácito reconfortado con la idea de que, a fin de cuentas, era al servicio del imperio, haciendo así un uso aceptable del historiador romano, un uso «políticamente correcto», diríamos hoy.

Sin embargo, Argensola parece haber heredado, al tiempo que las palabras, el espíritu contradictorio de su fuente<sup>8</sup>. No deja de resultar paradójico que lo que el rector de

<sup>7</sup> Cf. Bradley 2010. Sabemos, por ejemplo, que las traducciones de un conocido pasaje (el capítulo 21), en que se describen las iniciativas de imperialismo cultural desarrolladas por el general Agrícola en Britania, han servido para reflejar «las actitudes contemporáneas respecto al imperio» británico (Bradley 2010, 145).

<sup>8</sup> Respecto a su ambigua posición sobre el imperio merece la pena traer a colación este pasaje de una carta a Lipsio: «Nosotros, los españoles, a quienes felicitas porque disfrutamos de la paz, ¿qué frutos recogemos, me pregunto yo, sino el lujo, la avaricia y las demás plagas de la paz, que suelen apoderarse de un país ocioso? Además de hacer la guerra fuera, para expulsarla de nuestras fronteras, caen sobre nosotros mismos sus propios males. ¿No es el soldado español el que incendia y saquea vuestras provincias? ¿No se llevan a cabo estas operaciones con el dinero de España? Mantenemos legiones a las que añadimos cada día legiones nuevas. Por eso nos encontramos en una situación en que ni honramos a los ingenios ni honramos tampoco a la milicia. La guerra ahuyenta las Musas y el ocio aniquila nuestras fuerzas. Sabiamente piensas, por tanto, que lo antiguo es lo seguro, y es evidente que mientras buscamos lo antiguo alejamos el ánimo de la contemplación de nuestros males. Así, pues, sapientísimo Lipsio, siendo tú una pública antorcha, explora las tinieblas inertes.» (Carta 84, de 31/01/1603 *apud* Ramírez 1966, 357).

Villahermosa toma prestado sea precisamente un arriesgado trabajo de impostación: la construcción del punto de vista *de las víctimas* de dicho imperio. Y habrá que reconocer que, a lo largo de su obra, Argensola justifica e ilustra con detalle las quejas de los indígenas contra la crueldad y la avidez de los conquistadores. La «retórica de la resistencia», el ejercicio de empatía con el «indio», descansa inevitablemente sobre la fuerza crítica que implica hacia sus agresores. El mero hecho de concederle la capacidad de palabra, de humanizar por ese medio al resistente, rechina contradictoriamente con el objetivo en primer plano: la aparente misión de celebrar la conquista y animar al rey a otras nuevas. Pudiera intentar justificarse esa empatía teniendo en cuenta que el enemigo ocasional de los moluqueños son los portugueses, y no los castellanos. Sin embargo, la representación de los portugueses, tan súbditos de Felipe III como los castellanos en el momento de la escritura, a pesar de que no escatima ni un detalle de su crueldad, no deja de ser diplomática. Argensola se refiere a los portugueses como «los nuestros» (p.e. Cano 2009, 68) y, concretamente en el segundo de los pasajes que vamos a considerar, se los denomina por dos veces «españoles», conforme a los usos de la época, cuando este gentilicio se empleaba como coextensivo de «ibérico». Esto era así, naturalmente, incluso antes de que Portugal fuera incorporada a su corona por Felipe II, en 1580. En una carta de Miguel López de Legazpi, el conquistador de las Filipinas, de 1565, refiriendo un diálogo entre un militar español y un musulmán filipino, puede leerse:

«El General dijo que los españoles que residen en Maluco no son de Castilla sino portugueses, que es otra gente y otro reyno diferente. El moro respondió que es así y que el así lo sabía, mas que los indios de estas islas no conocen entre ellos diferencia y creen que todos son unos» (Ollé 2000, 95)<sup>9</sup>.

De modo que las acusaciones y reproches que se ponían en boca de los «indios» de las Malucas se arrojaban indistintamente sobre todos los poderes ibéricos.

## 2. La retórica de la resistencia

Los pasajes a los que me refiero se encuentran, como digo, en el Libro II, a escasas diecisiete páginas de distancia. Esa proximidad de los textos me parece prueba de la inmediatez de la lectura del *Agrícola* con el proceso de escritura de la *Conquista* y de la voluntad de explotar al máximo el hallazgo. El más breve es el segundo en aparecer, en la página 81. Resentidos por la muerte a traición del rey o sultán de Ternate, a quien Argensola se refiere como Aerio (Hairun en su lengua original<sup>10</sup>), en 1570, sus hijos y vasallos conspiran contra los invasores portugueses. Este levantamiento concluirá con la expulsión de los portugueses de la isla cinco años más tarde. El discurso está reelaborado, como decía, a partir de la arenga que aparece en *Vida de Agrícola*, 15, 2-5, pronunciada por algún anónimo príncipe britano y que desencadenará la rebelión encabezada por Boudica en el año 60 contra el legado Suetonio Paulino. En mi presentación reproduzco los discursos completos dispuestos en tres columnas paralelas para facilitar la comparación de los textos: la columna central se corresponde con mi

<sup>9</sup> No conviene sin embargo precipitarse a creer que los moluqueños confundían al conjunto de invasores como hombres blancos, como cristianos o como europeos. Argensola nos descubre que los moluqueños sí distinguían: antes que a los castellanos preferían a los holandeses porque estos no se metían en cuestiones religiosas (cf. Cano 2009, 313).

<sup>10</sup> Sobre el nombre original, así como otros datos de *realia*, véase Lobato 1995.

propia traducción del pasaje original de *De Vita Iulii Agricolae*, que está a su derecha, tomados ambos textos de la edición bilingüe de la colección Clásicos Linceo.

<i>Conquista de las Malucas</i> , II (Cano 2009, 81)	<i>Vida de Agricola</i> , 15, 2-5 (Conde 2013, 75 y 77)	<i>De Vita Iulii Agricolae</i> , 15, 2-5 (Conde 2013, 74 y 76)
<p>«¿En qué estimaremos a los Portugueses, decían, si nosotros llegamos a conocer nuestro poder? ¿Qué temeremos u osarán intentar? <b>Precian los Portugueses al que más roba, y mayores violencias y lujurias comete.</b> <i>Causa de la guerra es para ellos la rapiña de nuestros frutos, sus regalos deshonestos y nuestros agravios. Para nosotros la patria, la defensa de nuestros padres, nuestras mujeres, nuestros hijos y la libertad. <u>Conviene acelerar la ejecución, porque el secreto nunca envejece en los pechos, y en estos designios, caso más peligroso es el deliberarlo que el mismo efecto de ellos.</u></i> Baste ya el tiempo que habemos andado turbados sin cabeza.»</p>	<p>2 «Antes teníamos un solo rey,» decían, «mientras que ahora nos los imponen de dos en dos, de los cuales uno, el legado, nos saca la sangre y el otro, el procurador, la hacienda. Lo mismo da que las autoridades estén bien o mal avenidas: su relación siempre es funesta para nosotros, sus súbditos. Tanto los centuriones, instrumento del uno, como los esclavos, el del otro, <b>emplean la violencia y los insultos. Nada se libra ya de su avidez, nada de su capricho.</b> <b>3 En la batalla será el más fuerte quien se quede con el botín: ahora, en cambio, lo normal es que los cobardes y pusilánimes saqueen casas, secuestren hijos</b> e impongan levas a quienes, da la impresión, sabemos morir por cualquier causa excepto por nuestra patria. <u>¡Y qué insignificante es el contingente militar que ha cruzado el estrecho, si se les compara con los britanos!</u> Así se han sacudido el yugo las Germanias, y eso que están defendidas por un río, no por el Océano.</p> <p>4 <i>Patria, esposas y padres nos motivan a nosotros para la guerra: a ellos, el afán de lucro y de lujo.</i> Se retirarán, igual que se retiró Julio César, tan sólo con que emulemos el valor de nuestros antepasados. Y no hay que echarse a temblar si se pierden una o dos batallas: el éxito da más empuje, el sufrimiento te hace más duro.</p> <p>5 Hasta los dioses se compadecen por fin de los britanos: ellos son quienes retienen lejos al jefe de los romanos y a su ejército recluido en otra isla. <u>Por fin, colmo de la dificultad, nosotros mismos estamos haciendo planes. Y ya se sabe que en proyectos de este tipo es más peligroso dejarse sorprender que tomar la iniciativa.</u>»</p>	<p>2 singulos sibi olim reges fuisse, nunc binos imponi, e quibus legatus in sanguinem, procurator in bona saeuiret. aequae discordiam praepositorum, aequae concordiam subiectis exitiosam. alterius manus centuriones, alterius seruos <b>uim et contumelias miscere. nihil iam cupiditati, nihil libidini exceptum. 3 in proelio fortiorem esse qui spoliat: nunc ab ignauis plerumque et imbellibus eripi domos, abstrahi liberos,</b> inungi dilectus, tamquam mori tantum pro patria nescientibus. <u>quantulum enim transisse militum, si et se Britanni numerent?</u> sic Germanias excussisse iugum: et flumine, non Oceano defendi. 4 <i>sibi patriam coniuges parentes, illis auaritiam et luxuriam causas belli esse.</i> recessuros, ut diuus Iulius recessisset, modo uirtutem maiorum suorum aemularentur. neue proelii unius aut alterius euentu pauescerent: plus impetus felicibus, maiorem constantiam penes miseros esse. 5 iam Britannorum etiam deos misereri, qui Romanum ducem absentem, qui relegatum in alia insula exercitum detinerent; <u>iam ipsos, quod difficillimum fuerit, deliberare. porro in eius modi consiliis periculosius esse deprehendi quam audere.</u></p>

Lo que hace aquí Bartolomé Leonardo de Argensola es una adaptación del discurso en estilo directo (no hay que dejarse engañar por mi traducción, que también hace lo mismo: el original está en estilo indirecto). Da la impresión de que Argensola borra pistas: sólo una comparación global del pasaje en Tácito permite advertir esa adaptación. Argensola ha estudiado dicho pasaje detenidamente y reflexionado; no se limita en absoluto a copiar: abrevia, elimina datos geográficos e históricos inapropiados, reelabora y reorganiza las ideas principales del original y las adecua a la situación. Empleo en mi presentación de los textos diversos expedientes gráficos para poder observar los paralelismos y discrepancias: el discurso de los vasallos del sultán Aerio arranca con una ponderación comparativa del poder de unos y otros (texto subrayado), anticipándose al comienzo lo que en el original tacitano se desarrolla en el interior del discurso; a continuación se hace una relación de los agravios sufridos a manos de los invasores (negrita); posteriormente se analizan las distintas motivaciones y estímulos que tienen unos y otros en la guerra (cursiva) y finalmente se apremia a la ejecución rápida de la insurrección (subrayado en cursiva). El lector puede observar sus correspondencias en las otras dos columnas, pero insistiría en el cotejo directo con el latín para mejor percibir los ecos y valorar las decisiones de Argensola: véase por ejemplo su significativo apego a las formas léxicas «más peligroso es el deliberarlo»/ *deliberare (...) periculosius*).

En ningún caso, sin embargo, se puede hablar aquí de mera traducción, sino de adaptación o rescritura de las ideas tacitanas. Argensola despliega una elocuencia propia (nótese el potente poetismo «el secreto nunca envejece en los pechos») e interviene en el original mediante expedientes diversos. Resulta interesante observar, por ejemplo, la imbricación o fusión de las zonas en cursiva y en negrita: como destacamos a su vez combinando ambas marcas gráficas, el autor aragonés ha agrupado todos los vocablos de parentesco, que en Tácito aparecen separados en dos párrafos distintos (de los hijos se habla en el 3, en negrita, de los padres y esposas, en el 4, en cursiva). Justo a continuación, Argensola introduce el tema expreso de la libertad (marcado en redonda), que no aparece en el original de Tácito y que se volverá a destacar de forma característica en el segundo de los pasajes que traigo a consideración.

Este segundo pasaje es en realidad el primero con que se topa el lector de la *Conquista de las islas Malucas*, en la página 63. Convenientemente, viene glosado en el margen de la edición como «Plática del Rey de Tidore a los coligados». Se trata efectivamente de una arenga del sultán de Tidore al resto de los sublevados contra los portugueses y es clara adaptación del discurso que se recoge en la *Vida de Agrícola* 30-32, pronunciado por Calgaco antes de la batalla definitiva del Monte Graupio, en la que el ejército caledonio será derrotado y con la que se consumará la conquista de Britania en el año 84. El pasaje en cuestión es mucho más extenso que el anterior y, como se podrá apreciar, el paralelismo se sostiene a lo largo de dos páginas (la 63 y la 64) de la edición de Miraguano. Ruego al lector que se tome el tiempo de leer con calma los dos pasajes, el que sirve de fuente (en mi traducción: por razones prácticas no incluyo aquí el texto latino completo) y la réplica de Argensola, incluyendo el marco escénico, es decir el contexto inmediatamente anterior y posterior a la arenga. En una y otra versión nos encontramos ante bellas piezas de oratoria literaria, ejemplos de la retórica de la resistencia, de su ethos y de su pathos, de su argumentación y de su poética. En la *Vida de Agrícola* el pasaje completo abarca desde 29,3 hasta 33,1. En el caso de la *Conquista de las islas Malucas*, presento una versión del texto más legible que la que ofrece la edición de Glòria Cano, la cual es más fiel a la redacción de Argensola, actualizando la puntuación y la ortografía e introduciendo



alguna modernización gramatical y aclaraciones. Esas modificaciones son razón de los corchetes que aparecen en el texto.

*Vida de Agrícola* 29,4-33,1 (Conde 2016, pp. 100-109)

4 Se veían ya más de treinta mil hombres armados, y todavía seguían afluyendo todos los jóvenes y aquellos a quienes la madurez no había marchitado, guerreros de fama y enarbolando cada uno sus trofeos. Entonces, según se dice, de entre los numerosos jefes uno que destacaba en valor y cuna, llamado Calgaco, se dirigió a la multitud congregada y que clamaba batalla del siguiente modo:

30

1 «Cuando repaso las motivaciones de la guerra y nuestra perentoria situación, el corazón me dice con fuerza que el día de hoy y vuestra unidad señalan el comienzo de la **liberación** para Britania entera. Aquí estáis reunidos todos, libres todavía, y ya no nos queda tierra donde escapar y ni siquiera mar seguro acosados como estamos por la flota romana. En estas condiciones, la batalla y las armas, que son la honra del valiente, les resultan indispensables incluso a los cobardes.

2 Las batallas anteriores que con diversa suerte se lucharon contra Roma tenían depositada su esperanza de auxilio en nuestra fuerza, porque somos los más nobles de toda Britania y por eso precisamente vivimos en este santuario. Y como no divisábamos tierra de esclavos, ni siquiera nos había contaminado los ojos el contagio de la dominación. 3 Perdidos en los extremos del mundo y de la **libertad**, hasta el día de hoy nos ha protegido este peculiar refugio y un receso de la fama: ahora los confines de Britania están abiertos, y todo lo que no se conoce se imagina fabuloso. Pero, no, detrás de nosotros ya no queda más gente, nada aparte de las olas y de los acantilados – **y, más peligrosos todavía, los romanos, de cuya arrogancia en vano se intenta huir humillando la cabeza. 4 Bandideros planetarios, ahora que ya se han quedado sin tierra que devastar, escudriñan el mar. Si el enemigo es rico, quieren su riqueza, y si es pobre, su dominio. Ni oriente ni occidente han podido saciarles: sólo ellos codician lo desprovisto con la misma intensidad que lo pródigo. 5 Al saqueo, el asesinato y el robo lo llaman por falso nombre «ley y orden» y, después de arrasarlo todo, hablan de «paz».**

31

1 Es voluntad de la naturaleza querer a los hijos y parientes por encima de todo: a nuestros hijos se los lleva la recluta a servir en otros mundos; a nuestras mujeres y hermanas, si consiguen escapar a la lujuria del enemigo, las vejan quienes dicen ser sus amigos y anfitriones. Bienes y dineros se los llevan los impuestos, campos y cosechas, las confiscaciones; nuestros propios cuerpos y manos se consumen en hacer transitables bosques y pantanos bajo golpes e insultos.

2 Cuando naces esclavo te venden de una vez por todas y, además, el amo te da de comer: Britania compra su esclavitud todos los días y todos los días la alimenta. E igual que del último esclavo que entra de criado en una casa se burlan hasta sus colegas, así, en este veterano servicio doméstico que es el mundo, a los novatos nos destinan al exterminio como si careciéramos del menor valor, puesto que no tenemos ni mieses ni minas ni puertos para cuya explotación convenga reservarnos.

3 Además, **a los conquistadores no les gustan la valentía ni la rebeldía de los súbditos;** y la remota distancia y el propio escondite, cuanto más seguros para nosotros, más sospechosos para ellos. **Así que perded toda esperanza de indulto y llenaos de coraje, da igual si lo que más os importa es la vida o es la gloria.**

4 Con una mujer al frente, los brigantes incendiaron una colonia, atacaron un campamento y, si la torpeza no hubiese corrompido el éxito, habrían podido sacudirse el yugo: nosotros, que estamos enteros y dispuestos a no rendirnos y a bregar por la **libertad**, no por servidumbre, demostrémosles ahora mismo, al primer envite, la clase de hombres que Caledonia se había guardado para el final.

32

1 No creáis que los romanos se portan con el mismo grado de bravura en la guerra que de vicio en la paz. Famosos por aprovechar los defectos del contrario, transforman nuestras propias disensiones en gloria para su ejército – un tropel compuesto por gentes de la más diversa procedencia al que la suerte de cara mantiene unido y, en contra, dismantela. ¿O es que pensáis que todos esos galos, germanos y (vergüenza da decirlo) britanos –quienes, por mucho que cedan su sangre a un amo extranjero, han sido más tiempo enemigos que esclavos– se mantienen juntos por los vínculos de la lealtad y del apego? 2 La amenaza y la represalia son frágiles garantes del afecto: hazlos desaparecer y, en cuanto se pierda el miedo, empezará el odio.

Todos los acicates de la victoria están de nuestra parte: los romanos no tienen mujeres que les jaleen, ni parientes para recriminarles la huida. La mayoría o no tiene patria o es otra. Escasos, aterrorizados por la ignorancia del país, todo lo que ven a su alrededor –el propio cielo y el mar y los bosques–, todo les resulta desconocido: es como si los dioses os los hubieran entregado acorralados y atados. 3 No os dejéis impresionar por su vano aspecto y el brillo del oro y de la plata, que ni protege ni hiere.

Dentro de la tropa enemiga encontraremos manos amigas: los britanos reconocerán su verdadera causa, los galos recordarán la **libertad** perdida, los demás germanos desertarán igual que lo hicieron antes los úsipos. Y se acabaron las razones para el miedo: los fortines están vacíos, las colonias son de viejos, entre malos súbditos e injustos gobernantes en las ciudades reina la inoperancia y la desunión.

4 Aquí hay jefe, hay ejército; allá, impuestos y minas y los demás flagelos de la esclavitud: soportarlos para siempre o vengarlos al instante, eso es lo que se juega en este campo de batalla. Al entrar ahora en combate pensad en vuestros antepasados y en vuestros descendientes.»

33

1 Respondieron al discurso enardecidos, a la manera de los bárbaros, con vítores, cánticos y alaridos ensordecedores. Y todo era movimiento y destellos de armas al precipitarse los más audaces a tomar la delantera.

*Conquista de las islas Malucas* (Cano 2009, 63-64)

Rabiando, pues, los Ternates, Tidores, Bachanes y todos los Príncipes vecinos por dar principio a su desesperación, eligieron por cabeza de la liga al Rey de Tidore para acompañarse con el de Ternate, desposeído por la muerte de Gonzalo Pereira. Entre las relaciones [= crónicas, narraciones] que la cristiana curiosidad de los Religiosos Jesuitas suele recoger se halla [= se cuenta] que en la isleta que divide a Ternate de Tidore se juntaron estos Reyes antes de ocupar sus puestos para la ejecución de esta confederación, y que el de Tidore, como cabeza de ella, les dijo:

«No puedo sin ternas lágrimas hablar de la causa que nos obligó a esta concordia, porque la alegría del suceso ya como presente hace los efectos que pudiera si nos viéramos victoriosos: nuestras fuerzas se han juntado para librarnos del *yugo español*, castigando con riesgo de nuestra ruina general [a] unos hombres a quien[es] ni obli-

garon nuestros beneficios, ni enmendaron nuestras amenazas, **los ladrones del orbe, que le tienen usurpado cubriendo su codicia con títulos magníficos y piadosos.** [E]n vano habremos probado siempre a aplacar su soberbia por medio de nuestra obediencia y modestia. [S]i hallan enemigos ricos, el español se muestra avaro; si pobres, ambicioso. [S]ola esta nación es la que con igual deseo codicia las riquezas y las miserias ajenas: roban, matan, avasallan, y con falsos nombres nos privan de nuestro imperio; y hasta que convierten las provincias en soledades, no les parece que tienen introducida en ellas la paz.

‘Nosotros nos hallamos poseedores de las más fértiles islas de Asia, sólo para que con los frutos de ellas compremos servidumbre y vasallaje infame, convirtiendo esta felicísima liberalidad del cielo en tributos de la ambición de tiranos advenedizos. [E]xperiencia tenemos de cuán odioso ha sido siempre nuestro valor a los Capitanes cristianos, los cuales, por esto mismo, no debemos esperar ni más modestos, ni menos enemigos. [T]ened, pues, en memoria, así los Reyes, como **los súbditos, así los que os prometéis gloria, como los que salud,** que ninguna de estas cosas se alcanza sin libertad, ni ésta sin guerra, ni la guerra sin bríos y sin conformidad.

‘Las fuerzas de los *españoles* han crecido, y en ellas estriba su gloria. [L]uego, descubierto una vez el misterio y causa de la tiranía, ¿quién no se dispone a probar la última fortuna por conseguir el último de los bienes humanos, la **libertad**? Las otras gentes que, cuando sepan nuestra determinación, la llamarán desesperación y ferocidad, si la compararen con la causa de ella, alabanzas nos atribuirán y no perdón; además, que *cada cual sabe lo que le conviene a su religión, a su honra y a su patria mejor que los que juzgan esas cosas de lejos.* Y finalmente: sin **libertad**, ¿para qué es la vida?’» A estas y otras cosas respondieron aquellos furiosos Reyes con las mismas demostraciones, y habiendo puesto orden en los principios y duración de la guerra, se partieron en sus embarcaciones, no dando lugar al ocio ni a la tardanza; porque sabían bien, a cuán manifiesto peligro está puesto un designio grande, secreto y repartido en muchos corazones.

Como el lector habrá observado, el clérigo aragonés pretende que el contenido de la arena del sultán de Tidore a los rebeldes moluqueños tiene valor documental, y atribuye a las «relaciones» de los jesuitas el testimonio de lo que supuestamente se transcribe. Son seguramente actitudes como ésta las que han sembrado de dudas la verosimilitud del trabajo de Argensola y suscitado el debate sobre su objetividad y fiabilidad histórica, porque ciertamente, a pesar de esta espuria atribución expresa a los jesuitas, no sólo el contenido y las ideas, hasta los modos son tacitianos. La descripción de la acogida del discurso por parte del auditorio, en un contexto tan diferente, es puro Tácito. Con respecto a la arena propiamente dicha, Argensola actúa de manera semejante al caso analizado anteriormente (y al que Calgaco alude indirectamente al mencionar la rebelión dirigida por una mujer, Boudica), reelaborando el discurso, reordenando los temas y adaptándolos. A pesar de su extensión, su pieza es más breve que la fuente tacitiana y también más abstracta, menos etnológica y descriptiva. Las exclusiones aquí tienen una particular fuerza: hay incluso dos ideas (el valor económico del territorio y la consideración del ejército y las fuerzas del enemigo) que podrían considerarse opuestos a la situación que describe Calgaco. Del paralelismo sostenido, sin embargo, dan prueba los pasajes marcados en negrita, que se corresponden fundamentalmente con los capítulos 30 y 31 de la *Vida de Agrícola*. Destaco también la idea de «libertad», que en Tácito aparece de forma más dispersa y que en Argensola se concentra enfáticamente al final del discurso. En cursiva se traen a la atención del lector las dos menciones a los españoles como enemigos (cuando

se trataba de ocupantes portugueses) y la reflexión anti-imperialista que hace el rey de Tidore sobre «los que juzgan esas cosas desde lejos»: si pensamos que el destinatario del libro es Felipe III, Argensola parece hablarle mirándole a los ojos.

En el tercer párrafo del fragmento textual de la *Conquista de las islas Malucas* que citamos, en la página 64 de la edición de Miraguano, Argensola da réplica al párrafo 31,3 del *Agrícola*. Para apreciarlo en detalle, compárense los pasajes señalados en negrita en el autor español con los marcados en cursiva en su fuente latina: «*uirtus porro ac ferocia subiectorum ingrata imperantibus*; et longinquitas ac secretum ipsum quo tutius, eo suspectius. ita sublata spe ueniae tandem *sumite animum, tam quibus salus quam quibus gloria carissima est.*» [«Además a los conquistadores no les gustan la valentía ni la rebeldía de los súbditos; y la remota distancia y el propio escondite, cuanto más seguros para nosotros, más sospechosos para ellos. Así que perded toda esperanza de indulto y llenaos de coraje, da igual si lo que os importa es la vida o es la gloria» (Conde 2013, 104-105)].

Pero más claramente aún que aquí, si cabe, como habrá advertido el lector al contrastarlo con mi propia traducción, hay en el texto de Argensola una parte que coincide con *Agrícola* 30, 3-5 de manera tan sostenida y estrecha que puede considerarse una verdadera traducción. El autor aragonés apenas se permite el tipo de adaptaciones y licencias formales típicas también de los libros de «emblemas» o los florilegios. ¡Por momentos es una traducción literal! Obsérvese de nuevo el apego léxico con que *solitudinem* se vierte en el castellano «soledades». De acuerdo con nuestros criterios actuales esa traducción parcial, puesto que se disimula su origen, podría ser acusada de plagio. Para comprenderlo y valorarlo en este caso debemos otra vez considerar conjuntamente el original latino, y para ello disponemos de nuevo tres columnas:

<i>Conquista de las islas Malucas</i> , II (Cano 2009, 63-64)	<i>Vida de Agrícola</i> 30, 3-5 (Conde 2013, 102)	<i>De Vita Iulii Agricolae</i> 30,3-5 (Conde 2013, 103)
(...) los ladrones del orbe, <i>que le tiene usurpado cubriendo su codicia con títulos magníficos y piadosos</i> . [E]n vano habremos probado siempre a aplacar su soberbia por medio de nuestra obediencia y modestia. [S]i hallan enemigos ricos, el español se muestra avaro; si pobres, ambicioso. [S]ola esta nación es la que con igual deseo codicia las riquezas y las miserias ajenas: <b>roban, matan, avasallan, y con falsos nombres no privan de nuestro imperio</b> ; y hasta que convierten las provincias en soledades, no les parece que tienen introducida en ellas la paz.	3 (...) los romanos, de cuya arrogancia en vano se intenta huir humillando la cabeza. 4 Bandoleros planetarios, <i>ahora que ya se han quedado sin tierra que devastar, escudriñan el mar</i> . Si el enemigo es rico, quieren su riqueza, y si es pobre, su dominio. <i>Ni oriente ni occidente han podido saciarles</i> : sólo ellos codician lo desprovisto con la misma intensidad que lo pródigo. 5 <b>Al saqueo, el asesinato y el robo lo llaman por falso nombre «ley y orden»</b> y, después de arrasarlo todo, hablan de «paz».	3 (...) Romani, quorum superbiam frustra per obsequium ac modestiam effugias. 4 raptores orbis, <i>postquam cuncta uasantibus defuere terrae, mare scrutantur</i> : si locuples hostis est, avari, si pauper, ambitiosi, <i>quos non Oriens, non Occidens satiauerit</i> : soli omnium opes atque inopiam pari adfectu concupiscunt. 5 <b>aufferre trucidare rapere falsis nominibus imperium</b> atque ubi solitudinem faciunt pacem appellant.

Como puede comprobarse, el texto de Argensola sigue con fidelidad los párrafos 4 y 5 de Tácito con algunas salvedades: la expresión «ladrones del orbe», que traduce el *raptores orbis* con que Calgaco insultaba a los romanos y que identifica

aquí a los conquistadores portugueses (oportunamente transformados en españoles) se ha anticipado, de modo que la última frase del párrafo 3 de la fuente, con la que el jefe caledonio denuncia la imposibilidad de satisfacer a los romanos ni siquiera adoptando una actitud sumisa, se reutiliza en la *Conquista de las islas Malucas* con posterioridad a dicha expresión. Además, Argensola elimina los pasajes sombreados. Estos pasos eliminados no parecen realmente inadaptables por razones objetivas, así que podemos especular que la razón de su exclusión se debe a que el autor aragonés evita cargar las tintas en demasía sobre la avidez y crueldad de los conquistadores.

A pesar de ese sentimiento de decoro político, debo admitir que Argensola traduce con más gancho que yo: «con igual deseo codicia las riquezas y las miserias ajenas» tiene mucha más fuerza que mi solución «codician lo desprovisto con la misma intensidad que lo pródigo» (= *opes atque inopiam pari adfectu concupiscunt*). No me hubiera importado adoptar su solución, pero por desgracia mi traducción se editó antes de que tuviera noticia de la suya. Y, con todo su buen conocimiento del latín que le permitió apropiarse de Tácito, tenemos el dudoso privilegio de poder censurarle una mala traducción al autor aragonés: a mi juicio, Argensola malinterpreta la función del latín *imperium*. Mi traducción de *imperium* como «ley y orden» (entrecomillado) trata de hacer justicia a las connotaciones positivas que su uso tiene en Tácito (incluso en boca de Calgaco), referido al tipo de gobierno que Roma impone sobre las naciones sometidas por su conquista, y que sus víctimas en cambio consideran mero pillaje. Es obvio que la palabra «imperio» del castellano contemporáneo no trasmite esas connotaciones positivas, al menos para mí y para el lector que tengo en mente. Seguramente para el lector para quien escribía Argensola, sí. Obsérvese que, el rey de Tidore no tiene empacho en atribuirse uno: «*nuestro imperio*», dice. Sin embargo en el texto latino, *imperium* es el de Roma. Sorprendentemente Argensola deja de referirse al poder adquirido por los conquistadores para pasar a describir el que los conquistados han perdido.

Esa extraña pirueta (sobre todo en boca del rey de una isla minúscula) sólo puede explicarse porque Argensola interpreta *imperium* como complemento directo del último de la serie de infinitivos (*rapere*). Como consecuencia no le queda más remedio que desdoblarse la traducción de esta forma verbal: además de traducirlo como «nos privan de», Argensola se propone mantener la tripleta de infinitivos (*auferre, trucidare, rapere*) que Tácito explota retóricamente. A pesar de que, arrastrado por el presente del verbo principal *appellant*, los traduce en presente y no en imperfecto, Argensola parece tomar los miembros del tricolon por infinitivos narrativos o «históricos», pero ése es un segundo error: no se ha dado cuenta de que, en una fuerte braquilogía, características de los finales de capítulo en Tácito, *imperium* depende sintácticamente, igual que *pacem*, de *appellant* y los infinitivos funcionan, por tanto, como predicación suya. Ese párrafo 5, último del capítulo 30, ofrece un zeugma con fuerza epigramática que, por medio de la cópula *atque* (y en *uariatio* típicamente tacitiana), combina una construcción, podríamos decir, de doble acusativo (*auferre, trucidare, rapere.../imperium.../appellant*) con otra en la que el lugar de los infinitivos está ocupado por una oración subordinada completa (*ubi solitudinem faciunt / pacem/ appellant*). El sintagma *falsis nominibus* («por falso nombre») es un ablativo instrumental en dependencia del verbo principal *appellant* y, como el verbo principal, pertenece por igual derecho a las dos cláusulas de la cópula: tanto una expresión («ley y orden») como otra («paz») son mistificadoras, denuncia Calgaco, resultado de una manipulación léxica. Ninguna describe correctamente la situación real.

A ese mecanismo crítico («a lo que en realidad es X lo llaman ‘Y’») lo he denominado en otra parte «traducción interna» (Conde 2008, 212 y 216) y es un medio de denunciar la manipulación semántica destinada a ocultar, mediante términos eufemísticos, una realidad muy diferente y desagradable. Esa es la razón por la que entrecomillo en mi traducción los eufemismos «ley y orden» y «paz». El mecanismo argumentativo es típico de Tácito (ese mismo *tópos* anti-imperialista puede leerse en el discurso del rebelde bátavo Civil, en el libro IV de las *Historias*<sup>11</sup>), pero fue Sallustio quien lo introdujo en la historiografía latina (*Hist.* 1,55; 3,48) y, como es bien sabido, el primer ejemplo documentado que conservamos se remonta a la *Guerra del Peloponeso* (3,82,4) de Tucídides. Curiosa y sorprendentemente, sin embargo, el recurso está presente en el pasaje de Argensola en un lugar inesperado. Como si fuera en compensación por el error cometido, véase el paso marcado en cursiva «que le tienen usurpado [el orbe] cubriendo su codicia con títulos magníficos y piadosos»: es una amplificación que no encuentra correspondencia en el monólogo de Calgaco. Con ella pretende el sultán de Tidore, tal y como hace la «traducción interna», señalar la hipocresía y la falsedad de los argumentos de la conquista «justa». Esos fatuos argumentos («títulos magníficos») encubridores de la «codicia» hispana están muy oportunamente puestos al día mediante el adjetivo «piadosos», con el que pretende hacerse referencia a la evangelización, pieza fundamental de la justificación a la expansión castellana en el mundo. La palabra del sultán tiene fuerza acusadora.

### 3. A modo de conclusión: el *Agrícola* y la elocuencia como código de lectura intertextual

Argensola emplea la *Vida de Agrícola*, de Tácito, como código interpretativo de la *Conquista de las Malucas*, código que se supone maneja el destinatario explícito de la obra, el propio rey. Esa clave de lectura equipara el sentido simbólico de la conquista de las islas de las Especias con la de Britania por el suegro de Tácito. El uso del *Agrícola* como codificador o «falsilla» del discurso sobre el imperio contemporáneo, aun cuando no se haga de forma expresa, anticipa el que se desarrollaría en la Inglaterra victoriana y eduardiana. He pretendido demostrar que una pieza clave de esa simbología es la introducción de sendos discursos tomados de la *Vida de Agrícola* y puestos en boca de los resistentes moluqueños al imperialismo portugués. En general, Argensola muestra haber estudiado los discursos y extraído sus ideas principales para después adaptarlas a las circunstancias particulares de su narración. En algún caso, sin embargo, su apego al original es tal que podemos legítimamente hablar de «traducción», a veces con licencias y a veces literal –e incluso, puesto que no se menciona el original, podríamos apelar al moderno concepto de «plagio».

De hecho, los discursos a los que hemos hecho referencia no son las únicas muestras de elocuencia que el escritor aragonés pone en boca de los indígenas moluqueños. Argensola necesitaba a esos personajes con voz para construir el relato novelesco que urde. El resultado es una pluralidad de voces indígenas, una verdadera polifonía<sup>12</sup>. Sig-

<sup>11</sup> Cf. IV,14: *exquirique (...) uaria praedandi uocabula*.

<sup>12</sup> En un artículo relativamente reciente (Ballesteros 2013) se establece un contraste entre los «bárbaros elocuentes» de los antiguos con los «salvajes silenciosos» del mundo transoceánico moderno: frente a personajes como los rebeldes britanos Calgaco y Boudica, a quienes Tácito atribuye la palabra y son capaces de elaborar un discurso anti-imperialista, los indios americanos, se nos dice allí, aparecen representados por los cronistas del

nificativamente, Argensola no se limita a dar voz a personajes masculinos individuales, debidamente identificados. Ya hemos visto que reproduce también la palabra anónima. En el primero de los pasajes del Libro II que hemos analizado hemos tenido ocasión de observar cómo adapta la arenga que precede al levantamiento de Boudica, reina de los icenos, en los años 60-61. En el *Agrícola* 15 Tácito no atribuye el breve discurso ni a Boudica ni a ningún personaje en particular, sino que lo introduce (en estilo indirecto) como un clamor popular, y lo mismo hace Argensola. Sin embargo, Tácito sí hace hablar a Boudica en otro lugar de su obra, concretamente en *Anales* 14,35. Del mismo modo, Argensola también da voz expresamente a una mujer: en el Libro I (Cano 2009, 40-41) pronuncia una alocución la reina de Ternate, la cual, si mi interpretación del episodio histórico es correcta, encabezó una rebelión contra los portugueses entre 1529 y 1533. El personaje histórico se llamaba al parecer Njai Tjili pero Argensola emplea para identificarla una palabra que no es un nombre sino un título y que tiene una sonoridad irremediadamente feísta en castellano: Putriz. El discurso de la reina sucede a una intercesión anónima por parte de portugueses amotinados contra el nuevo capitán mayor luso, Gonzalo Pereira. Animada por esta discordia en el adversario, la reina se reúne con «los principales de su Isla» y les dirige una arenga instándoles a la sublevación que se inicia en estilo indirecto y concluye en primera persona. En este caso, Argensola exhibe otra parte de sus fuentes, los cronistas portugueses, y en concreto las *Décadas* de Diogo de Couto<sup>13</sup>, a quien cita expresamente. Por momentos, Argensola sigue el original de Couto en su más estricta literalidad, llegando –de manera semejante a como hemos visto en los ejemplos anteriores– a trasponer elecciones léxicas del original portugués (p.e. *brenha* = breña).

Es importante subrayar que se trata esta vez de una mujer la que arenga a la batalla. Permitaseme empujar un poco más la idea de un uso de la *Vida de Agrícola* como clave de lectura de la *Conquista de las islas Malucas*. La idea de una mujer al frente de los isleños se adecuaría muy bien a ese código y a su ecuación entre Britania y la especería: la reina de Ternate representaba al dedillo el papel de la britana Boudica, también esposa del rey. Tácito resume en la *Vida de Agrícola* el final del levanta-

---

«Humanismo» como silenciosos, taciturnos o simplemente mudos, sin posibilidad alguna de defender su causa frente a sus colonizadores. Una conclusión se formula de manera contundente (Ballesteros 2013, 73): «El encuentro entre las dos imágenes del otro que he utilizado en este trabajo –la del ficticio bárbaro elocuente y la del no menos ficticio indio salvaje– no se dio jamás en el pensamiento político humanístico». Y añade el autor (Ballesteros 2013, 74): «La síntesis del bárbaro elocuente y el salvaje taciturno, la invención del salvaje elocuente (...), quedará para contextos intelectuales diferentes.» El profesor Ballesteros no especifica cuándo y dónde habría que ubicar ese nuevo «contexto intelectual» del que emerja el «salvaje elocuente», pero pone como ejemplo un caso posterior en dos siglos: el testimonio de un indio de Illinois, Halcón Negro, cuyas memorias se difundieron en 1834. La tesis resulta tan sugerente como sorprendente. No se trata aquí desde luego de entablar una batalla nominalista, pero lo cierto es que el término «indio» se aplicó de forma bastante indiscriminada a los indígenas de los territorios «descubiertos» o conquistados, no sólo en América sino también en el Pacífico. Como hemos visto documentado en el pasaje de Legazpi citado anteriormente, pudo hacerse extensivo también a los filipinos, a los moluqueños o incluso a los chinos, en la peculiar forma «indios chinos» (Ollé 2002, 50, n. 19). De este modo nos encontraríamos ante una tesis: o bien, por alguna razón que yo no he sabido descubrir, habría que excluir a los «indios» de las islas del Pacífico del grado de *salvajismo* que las categorías mentales de los europeos asignaban a los otros «indios» del continente americano, o bien habría que rectificar las fechas de la «síntesis del bárbaro elocuente y el salvaje silencioso». La figura resultante, el «salvaje elocuente», cuya «invención» ejemplifica el profesor Ballesteros en la cultura literaria de los Estados Unidos del siglo XIX, la encontramos en los caciques de las islas de las Especias, presentados como «indios e indias elocuentes» por historiadores ibéricos como Diogo de Couto y Bartolomé Leonardo de Argensola, en la transición del siglo XVI al XVII, bastantes antes de que los Estados Unidos tuvieran siquiera existencia formal.

<sup>13</sup> Sobre los datos de *realia* históricos y la versión de Diogo de Couto, véase Henriques 2012, 142ss.

miento que encabezó esta mujer a manos del legado Suetonio Paulino, y Argensola pudo haber leído el relato más detallado que se hace en *Anales* 14. Como Boudica fue testigo de la violación de sus hijas, Putriz había visto morir uno a uno a sus hijos y a sus parientes a manos de los invasores –estaba poseída por el deseo de venganza. ¿Será por eso por lo que la reina de Ternate adquiere tan especial relevancia en la primera parte de la obra?

## Referencias bibliográficas

- Antón Martínez, B. (1992), *El Tacitismo en el siglo XVII en España. El proceso de receptio*, Valladolid, Publicaciones Universidad de Valladolid.
- Antón Martínez, B. (1993), «El humanista flamenco J. Lipsio y la *receptio* del tacitismo en España», Maestre Maestre, J. M. – Pascual Barea, J. (eds.), *Humanismo y pervivencia del Mundo Clásico I.1*, Cádiz, 237-249.
- Ballesteros, J. R. (2013), «Bárbaros elocuentes y salvajes silenciosos en la Antigüedad y en el Humanismo», *Estudios Clásicos* 144, 57-79.
- Bradley, M. (2010), «Tacitus' *Agricola* and the Conquest of Britain. Representations of Empire in Victorian and Edwardian England», en Bradley, Mark (ed.), *Classics and Imperialism in the British Empire*, Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 125-157.
- Cano, G. (2009) *Bartolomé Leonardo de Argensola, Conquista de las islas Malucas*, Madrid, Ediciones Miraguano.
- Cid Vázquez, M. T. (2001), *Tacitismo y razón de estado en los «Comentarios políticos» de Juan Alfonso de Lancina*, Tesis Doctoral, Madrid, Universidad Complutense de Madrid.
- Conde, J. L. (2006), *Cornelio Tácito, Historias*, Madrid, Cátedra.
- Conde, J. L. (2013), *Cornelio Tácito. Vida de Agrícola*, Madrid, Cátedra.
- Conde, J. L. (2008), *La lengua del imperio. La retórica del imperialismo en Roma y la globalización*, Alcalá la Real.
- Henriques, L. M. F. (2012), «A arenga militar feminina na historiografia portuguesa quincentista», *Talia dixit*, 7, 117-149.
- Lobato, M. (1995), «The Moluccan Archipelago and Eastern Indonesia in the Second Half of the 16th Century in the Light of Portuguese and Spanish Accounts», en Dutra, F.A.-Dos Santos, J.C. (edd.), *The Portuguese and the Pacific*, Santa Bárbara, University of California, 38-63.
- Martínez Bermejo, S. (2010), *Translating Tacitus. The Reception of Tacitus' Work in the Vernacular Languages of Europe, 16th-17th Centuries*, Tesis Doctoral, Pisa, Edizioni Plus-Pisa University Press.
- Moralejo, J. L. (2015), «De nuevo sobre el tacitismo español del siglo XVII: el traductor autocensurado», en Maestre Maestre, J. M. et alii (eds.), *Humanismo y pervivencia del Mundo Clásico V (Homenaje al Prof. Juan Gil)*, 2, 907-935.
- Ollé, M. (2002), *La empresa de China. De la Armada Invencible al Galeón de Manila*, El Acanalado, Barcelona, El Acanalado.
- Ollé, M. (2000), *La invención de China. Percepciones y estrategias filipinas respecto a China durante el siglo XVII*, Wiesbaden, Harrasowitz Verlag.
- Ramírez, A. (1966), *Epistolario de Justo Lipsio y los españoles (1577-1606)*, Madrid, Castalia.
- Sanmartí Boncompte, F. (1951), *Tácito en España*, Barcelona, CSIC.



- Schellhase, K. C. (1976), *Tacitus in Renaissance Political Thought*, Chicago y Londres, The University of Chicago Press.
- Schwartz, L. (2009), «Sátiras y discursos de Bartolomé Leonardo de Argensola», *Argensola: Revista de Ciencias Sociales del Instituto de Estudios Altoaragoneses*, 119, 41-62.